

VENECIA. MERCADO DE LAS LEGUMBRES.

CAPÍTULO XL.

NÁPOLES Y ROMA.

Convento de San Martín. — San Elmo. — Catacumbas de San Genaro. — La Catedral de San Genaro. — Catacumbas de San Calisto, en Roma. — Recuerdos del Niágara.

30 de Agosto.

Hoy he visitado en Nápoles, el convento y museo de San Martín, situados en la cima de la colina que domina á la ciudad al Noroeste.

Parte del camino se hace por escaleras, pues el declive es muy grande.

Desde esta colina llamada de San Elmo, se tiene una vista preciosa de la ciudad y bahía de Nápoles.

Descendí del convento de San Martín y fuí á ver las Catacumbas de San Genaro que están excavadas bajo las colinas del Norte de Nápoles, en una especie de cantera de poca resistencia llamada *Toba*: constan de galerías de gran longitud y están divididas en tres pisos: las del piso inferior fueron cegadas en la epidemia de 1656.

Estas Catacumbas sirvieron primero á los paganos y después á los cristianos.

Visité el Teatro de San Carlos, que es muy bueno, y la Catedral de San Genaro que, además de muchos frescos, cuadros y tumbas notables, encierra una curio-

sidad digna de ser mencionada. En una capilla están unas redomas con la sangre de San Genaro, patron de la ciudad, y se dice que el primer sábado de Mayo, el 19 de Setiembre y el 16 de Diciembre de cada año, se muestran al público, apareciendo la sangre brillante y en estado de liquefacción.

La Medicina nos enseña que la sangre dejando de circular pronto se coagula; pero ¿qué son las leyes naturales y los imposibles físicos para la osadía de los impostores?

Nápoles tiene 257 iglesias y 200 y tantas capillas.

El terreno sobre el que está construída la ciudad es volcánico. La prostitución en esta ciudad es relativamente mayor que en Chicago, Nueva York, Londres y París; y vamos á que la de Chicago y Londres es espantosa.

Pero ningún pueblo convida más á la molicie y á la vida licenciosa que Nápoles.

Las costumbres y despreocupación de los habitantes, el clima, el cielo, los risueños panoramas, el aire saturado de las afrodisiacas emanaciones del mar, son otros tantos incentivos para entregarse sin cuidado á la embriaguez de los placeres.

El hombre inteligente, víctima de una pasión volcánica, contrariada por la sociedad ó por las leyes y que huye con la mujer adorada, es Nápoles el nido á donde viene á ocultar el tesoro de su corazón, y entregarse á la locura del espíritu y los sentidos....

Por la tarde tomé el tren para Roma, á donde llegué en la noche.

31 de Agosto.

Temprano visité las Catacumbas de San Calisto, que son muy notables; tienen calles menos espaciosas que las de San Genaro, pero mejor conservadas: como aquellas, tienen varios pisos; en algunas partes hay cuatro y cinco: cada calle tiene de ambos lados de cinco á doce hileras sobrepuestas de nichos cubiertos con lápidas, con muy variadas inscripciones y pinturas curiosísimas: de trecho en trecho hay capillas cuadradas consagradas á la plegaria; están adornadas con frescos, mosaicos y pinturas que datan del siglo segundo, en la infancia del arte. Estas Catacumbas se hallan generalmente excavadas á uno y otro lado del Tíber, y siguen la dirección de las vías romanas; tienen calles longitudinales y trasversales y forman verdaderamente una ciudad subterránea. Hay varias entradas conocidas del público, pero también las hay secretas, ya en las orillas del Tíber, ya en los jardines y casas particulares, cuyo número sería imposible adivinar.

Hay un escritor, *Marchi*, que calculó que, puestas en una sola línea todas las calles de las catacumbas de Roma, tendrían una extensión de 1,200 kiló-

metros, como 300 leguas... Son un oscuro y espantoso dédalo en el que un hombre abandonado á sí mismo tendría que perecer. ¡ Cuántos crímenes, cuántos misteriosos *plagios* habrán acaecido en estos cementerios subterráneos!

Roma está siempre llena de viajeros que vienen de todas las partes del mundo á ver los monumentos que atestiguan grandiosos hechos históricos, á conocer al autócrata que se cree infalible y á admirar las grandes obras del arte... ¡ Cuántos viajeros tan incautos como opulentos, llevados por la curiosidad de ver esta ciudad subterránea ó atraídos á un jardín ó casa particular bajo un pretexto cualquiera, habrán descendido á estas Catacumbas para no salir más....?

Yo mismo, sin precaución de ninguna clase, tomé el primer cicerone que el acaso me deparó, quien me condujo á la entrada de estas Catacumbas, que se halla en los extramuros de la ciudad; allí me entregó al hombre que aparecía guardián de aquel lugar; este individuo, después de encender unas luces, me indicó una escalera en un estrecho pozo casi vertical, por donde principiamos á descender; cerró la puerta exterior y seguimos hasta llegar á un primer piso profundo como de doce metros; continuamos vagando por calles y cruceros lúgubres y densamente oscuros, acercando las luces para leer las inscripciones de las lápidas ó admirar los frescos, las curiosas pinturas que adornan diversos nichos y las capillas que se encuentran al paso.

Descendimos á otros pisos y vagando entre millares de tumbas, reflexioné: si este hombre, en cuyas manos me he puesto, sin conocer su nombre siquiera, obrara de mala fe de acuerdo con mi cicerone, con sólo apagar las luces, disponía de mi vida y mi bolsillo, con absoluta impunidad. ¿ Quién se ocuparía en investigar mi paradero? Yo, extranjero, llegado la noche anterior á Roma, sin relaciones ó negocios que hubieran hecho fijar en mí la atención, podía desaparecer en completo silencio: en el hotel se hubieran apropiado mi equipaje en pago de mi hospedaje de una noche y así hubiera terminado el drama.

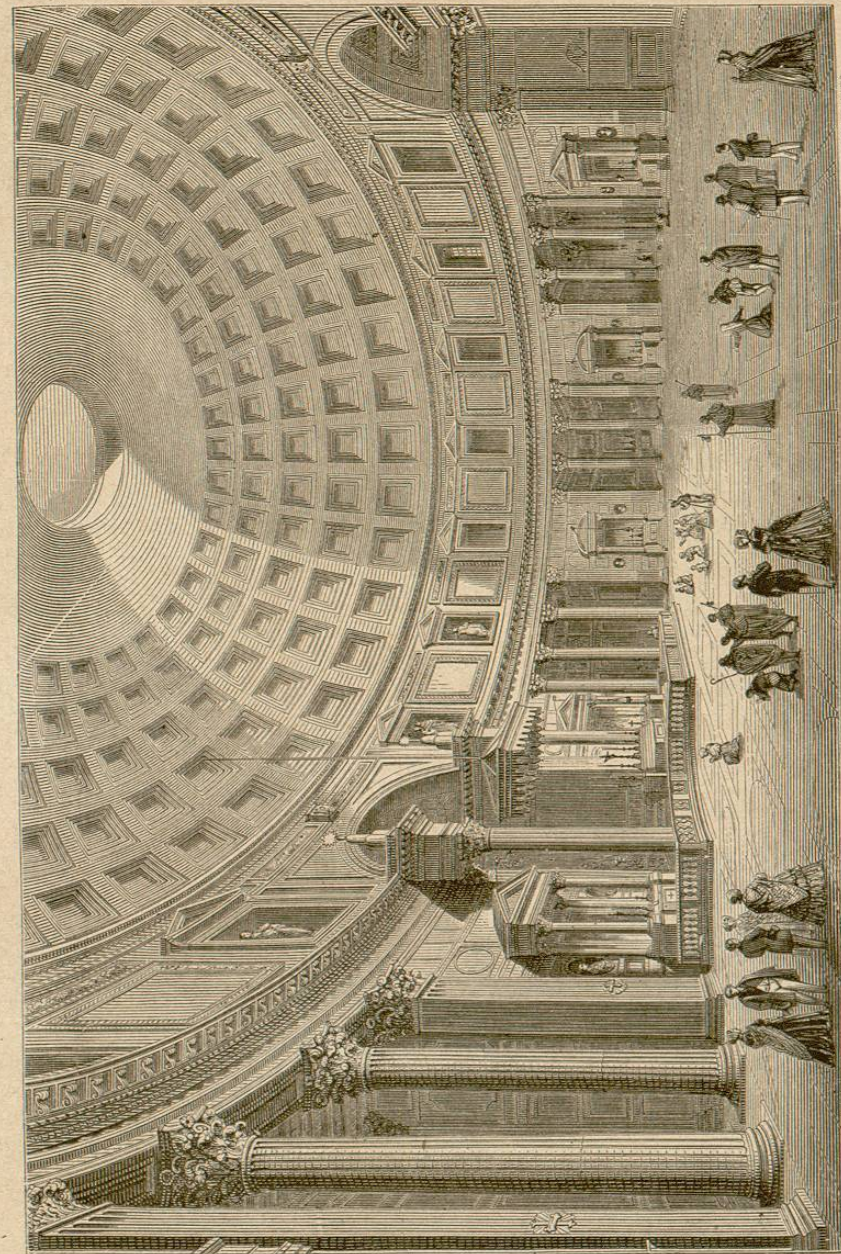
La misma confiada conducta observé hace algunos años, cuando visité el Niágara.

Llegué á la población, tomé el primer carruaje cuyo conductor se me ofreció y después de admirar la grandiosa y sublime cascada, tanto del lado de los Estados Unidos, como del Canadá, me dispuse á descender debajo de la corriente. Era una fría mañana de Noviembre y la temperatura hacía que no hubiese visitantes.

Dejé el carruaje y me dirigí á la habitación en que se proporciona vestido de hule y un guía.

Hay un pequeño cuarto en que cambia de traje el visitante y dondó le presentan una cajita de metal para que deposite sus alhajas y dinero, conservando la llave.

Después de haberme cubierto con un vestido embreado que sólo tenía dos



Paris. — Imp. Ch. Unsinger.

ROMA. VISTA INTERIOR DEL PANTEÓN.

agujeros para los ojos, el guía, hombre á quien miraba por primera vez, me señaló una escalera de madera por donde descendimos. Luego que llegamos al borde del abismo en donde se sepulta la inmensa mole que con fragoroso ruido se desprende de la altura, me tomó de la mano derecha para guiarme y sostenerme á la vez, y saltando de peña en peña, resbaladizas por el moho que las cubre, y á veces sobre peldaños de madera vacilantes y medio podridos por la humedad, rodeamos de derecha á izquierda el frente todo de la precipitada corriente, observando á cada paso en distintas direcciones los mágicos colores del iris, no en forma de arco, sino de círculo completo, por los efectos del sol sobre los vapores de la catarata; siguiendo nuestro camino circular, cruzamos luego el espacio libre que hay entre la peña y la corriente, por la curva que forma ésta al saltar de la altura.

Al ir cruzando este espacio, se sienten en el cuerpo, como si fueran pedradas, las gotas que se desprenden de la corriente, y con sólo el agua que entra por los agujeros oculares del vestido de hule, en las diversas veces que se levanta la cara para admirar aquel inmenso líquido turbión suspendido sobre uno, es suficiente para empapar y bañar todo el cuerpo.

Pues bien, en toda esta vuelta circular sobre el abismo en que se precipita la catarata ó bajo su aterradora corriente, bastaría un ligero impulso del hombre que le lleva á uno cogida la mano, fingiendo resbalar, para sepultarle en el abismo... sin testigo alguno que declare si fué el crimen, la torpeza del conductor ó la fatalidad de haberse roto un escalón, la causa de la desgracia.

Y si á esto se agrega la tentación de alhajas de más ó menos valor, de un extranjero de todos desconocido, acabado de llegar, y por quien nadie preguntará, se comprende el inminente peligro á que se expone el turista en esta clase de visitas.

Supongo que el gobierno de cada país dicta sus medidas para evitar estos misteriosos crímenes; ¿pero quién responde de la buena fe de los empleados todos de una administración?

Aconsejaría á los viajeros, que al emprender una visita á lugares solitarios en que su vida está á disposición de su conductor, lo hagan siempre en compañía de otros excursionistas, pues aunque las más de las veces se sale bien de un paseo de esa naturaleza, se debe convenir que es poco prudente ponerse en manos de un conductor, sin precaución de ninguna clase.